

Resenciones

Fernando Báez. *Historia Universal de la destrucción de libros. De las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Ediciones Destino, Col. Imagomundi, vol. 45, Barcelona, enero 2004, 388 páginas. La portada del libro lleva una cita de Heinrich Heine: «*Allí donde queman libros, acaban quemando hombres*».

Jacqueline Clarac de Briceño
GRIAL. Universidad de los Andes

Después de la conmoción mundial que provocó –y sigue provocando– la guerra de Irak, que es un nunca acabar, después de ese masivo despliegue de armas último modelo contra una pequeña nación evidentemente indefensa, empobrecida por décadas de guerra, asediada por conflictos religiosos y atentados terroristas, en plena crisis económica, después de ver nosotros todos por televisión tantas matanzas injustificadas, y la destrucción aparentemente sistemática de una cultura a través de sus bibliotecas (algunas con libros de hace más de 5.000 años), sus museos, sus universidades, coge mayor importancia aun esta muy original obra de Báez, autor venezolano (originario de San Félix de Guayana), quien fue asesor de la UNESCO y tuvo la triste experiencia de asistir a muchos de los saqueos de bibliotecas y museos de Bagdad en 2003, con lo cual rememoró su primera experiencia a la edad de 4 años, cuando «vivía en una biblioteca» felicidad que se rompió bruscamente cuando el río Caroní, afluente del Orinoco, creció sin previo aviso y se llevó el pueblo y todos los volúmenes de esa biblioteca. Dice el autor que nunca se sobrepuso de tan terrible acontecimiento, el cual no fue el único, ya que vivió varias veces en su vida este tipo de experiencia.

Hace un recuento apasionado y excesivamente bien documentado de todas esas experiencias vividas por la humanidad, descubriendo que la apocatástasis siempre ha sido un recurso en muchos grupos humanos

para defender el fin de la historia y el inicio de la eternidad. Es decir, los seres humanos hemos sido siempre y a la vez creadores y destructores de nuestras propias creaciones o de las de los demás. Dice que es un error atribuir las destrucciones de libros a hombres ignorantes e inconscientes de su odio, pues hombres muy leídos y pueblos muy cultos eliminaron también libros bajo la presión, por ejemplo, de mitos apocalípticos, y practicaron la biblioclastia incluso filósofos como Descartes, Hume, Heidegger, y nos recuerda esa frase de un personaje de Borges: «*Cada tantos siglos hay que quemar la biblioteca de Alejandría*».

Nos conduce entonces por esa extraña peregrinación que empieza con Sumer, las bibliotecas de Isin, Ur, Nippur, de Siria, de Babilonia, el código de Hammurabi, con la primera referencia a las tablillas. Sigue la peregrinación con la biblioteca de Asurbanipal y las de Nínive (cuya destrucción fue también comentada por Frazer), los papiros del Ramasseum y el libro de Thoth o Hermes Trimegisto, quien fue quemado varias veces a través de sus obras en el curso del tiempo antiguo. Luego vienen los poemas de Empedocles, los tratados de Demócrito, y dedica un capítulo completo al auge y final de la Biblioteca de Alejandría, revelándonos nuevos datos al respecto, y manejando todas las hipótesis y discusiones habidas alrededor de ese hecho tan famoso. Nos habla de la destrucción de libros por chinos, por turcos, por cristianos, nos pasea por los libros prohibidos y quemados por la Iglesia, los desmanes de la Inquisición que todavía tienen repercusión (aunque no lo sabe el autor) sobre nuestros campesinos latinoamericanos de ciertas zonas apartadas, como por ejemplo los Andes venezolanos, ya que creen que los libros son satánicos, que vuelven locos a los que los leen, de modo que tienen pavor a los lectores, piensan que son brujos.

No olvida el autor, por supuesto, la tristemente célebre eliminación sistemática de los códices aztecas y mayas en un gigantesco auto de fe, hazaña que se debió a cierto Fray Juan de Zumárraga, amigo de Carlos V, de quien se intentó luego salvar luego la imagen asegurando

paradójicamente que había sido el creador de la primera biblioteca pública de México.

Nos habla también de los libros quemados en guerras, incendios y catástrofes naturales, o quemados por «inmorales», el bibliocausto nazi que acompañó el Holocausto, la destrucción de libros durante la guerra civil española, la persecución de James Joyce cuyos libros fueron quemados por su propio editor, la censura y quema de libros en los Estados Unidos de América o en la Universidad Central de Venezuela en Caracas, y el famoso caso de Salman Rushdie frente al Fundamentalismo árabe. Lamenta el pésimo estado de millones de libros en bibliotecas muy famosas como la de Hungría, la Biblioteca Nacional de París o la del Congreso en Washington, y su transcripción a microfilms, sin que esto sea siempre posible. Finalmente, se ocupa del triste caso de terrorismo contra las bibliotecas de California, de Buenos Aires, de Suecia, contra los archivos y bibliotecas especializadas en economía del World Trade Center, que desaparecieron junto a obras de Miró, Nagare, Calder, Wolf Kahn, Jacob Lawrence y otros...

Ha habido también los casos de libros-bomba y de la aniquilación de libros electrónicos, y nos asusta Báez predicando que, si le ocurriera a algún estudiante la destrucción de una sola biblioteca electrónica portátil, al menos 14.000.000 de textos desaparecerían, y nos asegura que la destrucción de libros está lejos de terminar, por ser aparentemente algo que pertenece a la naturaleza misma de algunos individuos y grupos de nuestra especie, y que ha sido muy analizada por Freud en el siglo XIX y por Edgar Morin en el XX.

Cierra el libro con el capítulo en el cual narra en forma muy vivida e impresionante las destrucciones y pillaje de bibliotecas y museos en Bagdad en 2003, y los hechos desconcertantes que los precedieron. Trae al respecto el comentario del Secretario de Defensa de los Estados Unidos: «*La gente libre es libre de cometer fechorías y eso no puede impedirse*», lo que fue comentado así por un director de biblioteca iraquí: «*No recuerdo semejante barbaridad desde los tiempos de los mongoles*», aludiendo a la

invasión de Bagdad por las tropas de Hulagu, descendiente de Gengis Kahn, en 1258. «*Lo más doloroso, comenta Báez, es la certidumbre que hay de la desaparición de ediciones antiguas de las Mil y Una Noches, de los tratados matemáticos de Omar Khayyam, de los tratados filosóficos de Avicena (en particular su Canon), Averroes, Al Hindi y Al Farabi, las cartas de Sharif Husayn de la Meca, y otros textos de escritores universales...*». Pero nos cuenta como, afortunadamente, también lograron salvar numerosos libros trasladándolos a lugares secretos, lo que «*confirma* –como escribe Báez– *el inmenso amor que sienten los iraquíes por su cultura*». Infelizmente, del Museo Arqueológico de Bagdad fueron sustraídos sin remedio, además de las estatuas y otros tesoros arqueológicos, cantidades de documentos antiguos de gran valor, desastre que alcanzó muchas otras bibliotecas y museos de otras ciudades iraquíes, así como las universidades, «*violencia* –dice el autor– *que quedó como una marca indeleble en la memoria de los estudiantes*». Por cierto, la mayoría de las piezas robadas (desde la Guerra del Golfo de 1991) se exhiben en museos de Europa y Estados Unidos. «*¿Quiénes son los responsables de la destrucción cultural de Irak?*» se pregunta el autor, contestándose a sí mismo: «*La mayor parte de culpa la atribuyo a la Administración actual de Estados Unidos, que desestimó todas las advertencias hechas y violó la Convención de la Haya de 1954 al no proteger los centros culturales y estimular, a través de una propaganda de odio, los saqueos. También incurrió en los delitos de crímenes contra el patrimonio cultural, expuestos en Protocolo de 1999. Tal vez por eso la administración de George W. Bush ha solicitado inmunidad para oficiales y soldados ante posibles juicios en los tribunales penales internacionales. Tal vez también por eso decidió reingresar a la UNESCO, y envió a su esposa a negociar cargos ejecutivos dentro de esta organización, despedir a los asesores más incómodos, y silenciar toda crítica...*»

Termina el libro con el triste comentario de que «*en Irak se ha cometido el primer memoricidio del siglo XXI*».